

Jean Lafrance

Textos sobre la oración

http://www.abandono.com/Oracion_contemplativa/Jlafrance02.htm

Si pasas un día por Chartres, detente ante el pórtico norte de la Catedral. En el vano izquierdo, en el segundo cordón de la superficie abovedada, el escultor ha reproducido las seis escenas de la vida contemplativa.

Se ve en ellas a la Virgen que se recoge, abre su libro, lee, medita, enseña y entra en éxtasis.

Primero se recoge antes de entrar en oración. Tiene la mano izquierda sobre el libro de las Escrituras y lleva la mano derecha a la altura del corazón como si quisiera enseñarte, que para orar hay que conservar el corazón puro y silencioso. Como Salomón, pide a Dios un corazón silencioso que sepa escuchar. La primera actitud de la oración, es acoger, escuchar y recibir el buen Espíritu, el don espiritual que el Padre comunica a los que se lo piden.

En un segundo tiempo, abre el libro de las Escrituras para recibir el pensamiento de Otro y no el nuestro. Nosotros no hacemos la vida verdadera y la oración, la recibimos y la descubrimos de Dios, en el orden de la gratuidad y del misterio. Entonces ella puede leer, no para saber, sino para penetrar el sentido profundo de las palabras.

En cuanto hayas encontrado lo que buscabas, imita a la Virgen y cierra el libro para rumiar interiormente la Palabra y dejarla que baje al fondo de tu corazón: "He puesto la palabra dentro de vuestro corazones" dirá Pablo. La lectura sabrosa y viva de la Palabra te dispone para que encuentres a Dios en la contemplación. Deja que las cosas vengan a ti y estate ante el misterio con las manos abiertas de par en par.

Al meditar la palabra, oirás de pronto al Verbo de Dios que te habla en lo íntimo de tu corazón. Esta es la obra del Maestro interior que es el Espíritu Santo.

Luego la Virgen enseña la Palabra gustada y meditada. No es tan sólo una experiencia de Cristo en el contacto vivo y personal, sino la transmisión de la experiencia viva de Jesús que, en su conciencia de hombre se siente hijo de Dios.

Y finalmente la Virgen entra en éxtasis. Es la salida de sí misma para encontrar su dicha y su alegría en Dios. No busca el descanso de la contemplación para sí misma sino para Dios que es el último término de su oración. Toda oración verdadera debe llevarte un

día a no encontrar alegría más que en Dios. Orarás de verdad el día en que estés totalmente ocupado en adorar a Dios, en contemplar su amor y en darle gracias no sólo por los dones que te ha hecho, sino sobre todo por la venida de Jesucristo a la tierra.

Sólo se ora bien en el éxtasis. Si te ejercitas así, en los silencios de la oración, te dispones a dejarte arrastrar por el movimiento del Espíritu. Estás oculto a tu propia oración y no tienes conciencia de orar. Pero no depende de ti el obtener este don de la contemplación, que no viene por tus méritos, sino de la misericordia de Dios.

Ruega para que obtengas de Dios esta visión de su rostro prometida a los corazones puros.

Si hay hombres que emplean su vida en rezar, es para mantener viva y activa esa fe que Jesús desea encontrar en el corazón de todos los suyos. Para comprender esto, hay que remontarse al corazón de la Trinidad y entender que Jesús, en cuanto hombre, ha sido el primero en orar sin cesar y sin desfallecer. Él es nuestro modelo, el gran suplicante, nuestro Intercesor ante el Padre. En el corazón de los Tres, el Hijo es sin cesar colmado por el Padre; está en estado de perpetua escucha por su parte, porque él está en estado perpetuo de súplica por el suyo.

Y en medio de la tierra, Jesús no dejó de proseguir esta oración, esperándolo todo de su Padre, el ser como el obrar y devolviéndole sin cesar toda la gloria y todo el gozo. Suplicaba siempre en el tiempo y era escuchado a cada instante. Por eso podía decir: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas.

Su oración era una respiración permanente, pedía el amor al Padre (por tanto, al Espíritu Santo) y al instante mismo el Padre escuchaba su petición, concediéndole el Espíritu. Su oración tenía la densidad de un instante, lo cual me permite decir que la respuesta estaba incluida en la petición. Por eso su oración era al mismo tiempo súplica y acción de gracias. Esto nos resulta difícil de comprender, porque vivimos en el tiempo y no vemos llegar lo que habíamos pedido, mientras que Jesús nos asegura que el Padre nos escucha siempre. Para nosotros, la oración está ligada al tiempo y por tanto a la perseverancia.

Cuando no vemos que ocurra algo es cuando más tentados nos sentimos a bajar los brazos. Sólo la fe puede mantenernos; por esto la cuestión que atormenta a Cristo es precisamente esta: ¿encontrará fe cuando venga a la tierra? ¿encontrará hombres que se mantengan y perseveren lo suficiente en la oración para creer que han sido ya escuchados?

La prueba de la fe perseverante autentifica la cualidad de la oración. Como en el perdón de las ofensas, al que la oración está ligada, se perdona una, dos, diez, setenta veces; pero un buen día se corre peligro de cesar. Por eso he sentido siempre admiración ante las palabras de K. Rahner, que me parecen la mejor definición de lo que es un hombre de oración: "Debemos ser hombres de Dios, y para decirlo más sencillamente, hombres de oración con el suficiente valor para arrojarnos en ese misterio de silencio que se llama Dios sin recibir aparentemente otra respuesta que la fuerza de seguir creyendo, esperando, amando y por tanto orando".

En el fondo, cuanto más se avanza en la vida de oración, más se penetra en el misterio del silencio de Dios. Uno mismo se ve reducido al silencio; no se sabe ya lo que hay que decir, e incluso pedir. Sin embargo, se está convencido en lo más hondo de que la oración es la única cosa importante, la única a la que vale la pena consagrarle la vida.

La gran cuestión es entonces la perseverancia: "Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados" "Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras vidas".

De vez en cuando el Señor se encarga de recordarnos nuestra poca fe y nuestro miedo a la oración: Hombre de poca fe... ¡Hombre de oración! Y entonces comprendemos nuestro verdadero pecado. La fe es el único combate de la vida: seguir creyendo que el Padre nos escucha y nos atiende cuando no se ve ningún resultado.

Me gusta invocar al Espíritu, pues él penetra el fondo del corazón, conoce todos mis deseos y formula al Padre una oración y una petición que corresponden a los designios de Dios. Y luego, naturalmente, está la Virgen Santísima. Jamás he recurrido tanto a ella como en estos momentos. Cada noche me despierto hacia medianoche para rezar los misterios gozosos. Creo que el Espíritu Santo y la Virgen son mis dos grandes intercesores orantes.

Si entre la multitud surge alguien que te reconoce y te llama por tu nombre, experimentas de pronto como un nuevo nacimiento; desde el momento en que una verdadera amistad nace entre dos personas, existe siempre un antes y un después, entre los cuales se puede decir: Ya no soy el mismo. Cuando abres la Biblia, ves también a hombres satisfechos o insatisfechos, santos o pecadores, a quienes el encuentro con Dios hace felices porque su vida ha encontrado de pronto un sentido nuevo. Todos aquellos a quienes Dios ha salido a su encuentro podrían decir: ¿qué sería yo sin ti que viniste a mi encuentro? Quien quiera que seas, eres el hermano de estos hombres en su aventura. Aunque fueras el mayor de los pecadores, el más desequilibrado y el más pobre, todas estas situaciones son una oportunidad que se ofrece a Dios para salir a tu encuentro. En la oración, grita este deseo de ser seducido por Dios y levanta ante El esas montañas de sufrimiento. Si oras con fe y en verdad, Dios transportará esas montañas al mar. Ora el tiempo suficientemente fuerte para que él transforme esa amargura en dulzura. En el seno de esta paz austera te descubrirás amado de Dios. Nada se le escapa, te ve en lo secreto y te ama. Deja que resuenen en ti estas palabras de Isaías: No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tu eres mío. Si pasas por las aguas yo estoy contigo, si por los ríos no te anegarán. Si andas por el fuego no te quemarás, ni la llama prenderá en ti. Porque yo soy Yahvé tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador. He puesto por expiación tuya a Egipto, a Kus y Seba en tu lugar, dado que eres precioso a mis ojos, eres estimado y yo te amo. No temas pues, ya que yo estoy contigo. (Is 43,1-5)

El orante tiene por misión estar en pie delante de Dios, en su presencia. Subyacente a este ponerse en presencia de Dios, existe la convicción de que Dios conoce el corazón del hombre: "Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía". Conocer a Dios o ser conocido por él, es ponerse en relación con El, ser introducido a su intimidad, experimentar su presencia, participar de su vida.

Dios está cerca de ti y te ve. Dios está atento a tu oración, escucha, oye, está cerca, acoge, te da audiencia. "Pues Yahvé ha oído la voz de mis sollozos. Yahvé ha oído mi súplica. Yahvé acoge mi oración" (Salmo 6)

Dios no es tan sólo un oyente pasivo que registra tus peticiones, él te contesta y entabla un diálogo contigo: "Yo te llamo, que tú, oh Dios me respondes" (Salmo 17) "Mi corazón tu sondeas, de noche me visitas" (Salmo 17) De hecho Dios vuelve su rostro hacia ti y de este modo te salva.

Muy a menudo, es por no comenzar por esta puesta en la presencia de Dios Santo y cercano por lo que tu oración se convierte en monólogo. No empleas bastante tiempo en recogerte para llegar a la oración pacificado interiormente. Antes de entrar en oración, camina con calma, respira profundamente y pon todas tus preocupaciones y cuidados en manos del Señor. Aunque pases diez minutos en tomar tan sólo conciencia de esta presencia, no habrás perdido el tiempo. Luego te abres totalmente con el Espíritu Santo que hará el resto alimentando tu diálogo con el Padre.

Recuerda muy bien esto: estás delante, estás cerca, eres visto, eres escuchado, eres amado. "Pongo a Yahvé ante mí sin cesar, porque El está a mi diestra, no vacilo (Salmo 16).

Estás aquí en el centro de la vida cristiana, pues todo se reduce finalmente, a descubrir la voluntad de Dios y cumplirla. Pero si es verdad que te resulta fácil discernir esta voluntad a través de los mandamientos, dudas a menudo de que puedas descubrir lo que Dios espera de ti, en particular en tu situación presente.

Si quieres conocer la voluntad de Dios, la condición es "hacerte disponible", es decir, ante una opción que tengas que hacer, el rehusar o preferir tal o cual alternativa, abandonando todo prejuicio que impida a Dios el darte a conocer en que dirección quiere que te comprometas. En una palabra no debes tener ninguna idea sobre la cuestión y aceptar entrar en los planes de otro que desvía siempre los tuyos.

Es tal vez la disposición fundamental para realizar una elección según Dios. Pero tal vez te hagas una pregunta: ¿cómo hacerme disponible si no lo estoy? Te diría que es preciso que te detengas, que te distancies de ti mismo y que interpeles a tu propio juicio. Son otras tantas actitudes que se viven bajo la mirada de Dios, en la oración, para descubrir las resistencias a la voluntad de Dios.

Puede ocurrir que a través de esta oración, Dios te muestra claramente lo que espera de ti, pero no es ésta su costumbre; prefiere hablarte por medio de signos. No tomes demasiado pronto tus buenas intenciones por voluntades de Dios.

Hay también otra manera de descubrir esta voluntad, y es interrogar a tu afectividad profunda. Si gozas de una paz duradera y de una verdadera alegría, puedes decir que los proyectos que acompañan a tus sentimientos son queridos por Dios, pues el Espíritu Santo obra siempre en la alegría, la paz y la dulzura. Si por el contrario estás triste, desanimado e inquieto, puedes suponer que el proyecto está inspirado por el espíritu del mal. No puedes tener ninguna certeza si te fijas del sentimiento de un solo instante. Por

el contrario, si, a lo largo de un período más o menos dilatado, tal decisión va siempre ligada a la alegría y su contraria a la tristeza, hay motivo para creer que es Dios quien te envía la consolación del Espíritu y te sugiere que realices la acción correspondiente.

Con mucha frecuencia la paz se estabiliza en tu corazón después de esa opción libre. La experiencia de consolación o desolación que sigue a la elección confirmará esto último y te indicará claramente si estás en la voluntad de Dios.

Poco a poco lograrás realizar elecciones verdaderamente espirituales, interpretando de manera cada vez más clara los signos de Dios, ya se trate de grandes decisiones que comprometan tu existencia o de opciones relativas a tu vida diaria. Por otra parte, esta educación de tu libertad deberá continuarse toda tu vida y cuanto más fiel seas en la respuesta a las solicitudes del Espíritu, más fácilmente descubrirás lo que te pide.

Jesús invita a todos los que le reciben a comer cara a cara con el Padre, pero pone condiciones: "Estate presto, con tu lámpara encendida (Mt 25,7), ceñida la cintura, con el vestido de bodas (Mt 22,11)" Para eso debes velar en la oración, en el lugar oportuno (Mt 24,44) pues el dueño va a venir a buscarte tarde, a la noche o al amanecer (Lc 12,38). Debes estar pronto a marchar y dejarlo todo. Por eso debes velar y orar, con perseverancia para no perder el momento de su venida.

Si quieres entrar en la comunión con Cristo, debes compartir su éxodo, abandonando el equipaje inútil y dejándolo en consigna para iniciar el camino. No tengas ningún cuidado: lo encontrarás al otro lado, a la llegada. Dios se cuida de ello, y ha contratado un servicio de recuperación por el que encontrarás todo multiplicado por cien (Lc 18,29-30). El equipaje más pesado que tienes que abandonar eres tú mismo (Lc 9,23). Deja todo y déjate guiar únicamente por la palabra de Dios (Hb 11,8)

Tal vez te preguntes: ¿por qué he de abandonar todo aquello en lo que me apoyo para ir hacia Dios? Todas estas criaturas son buenas y reflejan la imagen del Creador. Pero por muy hermosos que sean los rostros y por muy buenos que sean los seres con los que te tratas, debes abandonar todo esto. ¿es preciso dejar todo esto? Y Cristo te dice: "déjalo todo".

Para comprender esto tienes que recibir una luz extremadamente profunda sobre la santidad de Dios y sobre la nada del hombre. Poco a poco, Dios apartará su mano y le verás de espalda, porque su rostro no puedes verlo. Como Moisés, cae de rodillas sobre el suelo y mantente en adoración.

En la Cena, hay todavía un gesto capital: "Tomad y comed todos... bebed todos de él". Al invitarte a comer su Cuerpo y a beber su sangre, Jesús te compromete en su sacrificio. Te invita a entrar con él y en él la ofrenda que hace de su vida al Padre. Ese mismo es el sentido de las palabras de Jesús que tu has orado un poco más arriba: "Si alguno quiere venir en pos de mí, que tome su cruz y me siga". Es también el sentido de la pregunta de Jesús a los hijos de Zebedeo: "¿Podéis beber mi cáliz?".

Si aceptas compartir su cáliz, debes ir hasta el extremo del don de ti mismo como Jesús. "Sabido Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo".

Después de haber contemplado la Cena, tienes que descubrir el sentido de tus eucaristías de cada día. No puedes comer este pan y beber este cáliz sin desear con todas tus fuerzas compartir el sacrificio de Cristo. Se puede preguntar si tantos años de vida litúrgica con todas las reformas que has conocido no te han hecho perder el fruto espiritual de la Eucaristía: el don de Cristo bajo la forma de su palabra y de su cuerpo. Lo que constituye el sacrificio de la Alianza, es el Señor Jesús, pues el banquete de la Eucaristía es el de un cuerpo entregado y de una sangre derramada. No te basta con participar de la Eucaristía por medio de los gestos, además tienes que compartir el compromiso de Jesús, que entrega su vida al Padre amando a los suyos hasta el fin; si no vives el signo y no la realidad.

¿Has tomado conciencia de este don que te hace Cristo de su Cuerpo glorificado? Es toda la fuerza de su amor la que se apodera de lo más íntimo de tu ser. Te da su vida y por ella te hace participar en el diálogo de amor que le une al Padre. Jesús lo dirá con claridad en el discurso sobre el pan de vida: "Lo mismo que me ha enviado el Padre que vive y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí".

Pero hay aún más: es la manera como Cristo te encuentra y te entrega su Cuerpo. No viene a ti de una manera estática. Viene para renovar en ti su Encarnación redentora y para reproducir en ti este movimiento que le lleva a su Padre devolviéndole la humanidad convertida en su propio Cuerpo. En la Eucaristía la unidad del Cuerpo se realiza y se convierte en Jesús en ofrenda al Padre.

A lo largo de esta contemplación, debes pedir al Espíritu Santo (es el sentido de la segunda epiclesis) que te asimile al sacrificio de Jesús, enseñándote a entregar tu vida al Padre: "Que él (Espíritu Santo) nos transforme en ofrenda permanente para que gocemos de tu heredad". Jesús te enseña así a entregarte, no sólo en la misa sino en los detalles de cada día, por un abandono total al Padre en todos los avatares de tu vida. La Eucaristía es el acto supremo de la caridad de Jesús, que transforma tu corazón para hacer de tu existencia un acto de amor al Padre y a los hermanos.

En la Eucaristía, tu vida se convierte en el verdadero sacrificio espiritual del que habla Pablo: "os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual". Tu vida adquiere una dimensión eterna cuando se ofrece al Padre con la de Cristo. La más pequeña de tus acciones, si expresa de verdad tu amor al Padre y a los hermanos, es una oración de alabanza, de adoración y de intercesión; es un sacrificio espiritual.

Pero sábetelo también que no se edifica lo eterno con cosas insignificantes; para que tu vida se convierta en oración, es preciso pues que sea auténtica y que exprese la entrega real de ti a los demás.

Toda tu vida se convierte entonces en oración. La oración de Cristo, era la oblación de su vida en el sacrificio de la Cruz. Cristo oraba en todas partes y siempre, pues, cumpliendo la voluntad del Padre, no hacía sino manifestar entre los hombres su diálogo

incesante y secreto con su Padre. Tienes la seguridad de que es acogida por Aquel que ha glorificado a su Hijo; en una palabra, te une íntimamente al misterio de la Santísima Trinidad. En la Eucaristía, la ofreces de una manera global y en tu vida concreta la entregas gota a gota en el cumplimiento de la voluntad del Padre. Sé sincero en la oblación y no hurtes nada a tu holocausto.

Doy por supuesto desde ahora, que has tomado la decisión de ponerte de rodillas y de gritar a Dios, aunque no sea más que un cuarto de hora. Una decisión así depende de tu voluntad, aunque el Espíritu Santo esté en su origen para vencer esta imposibilidad de orar.

El que puede orar un cuarto de segundo puede orar todo el tiempo. Es una cuestión de costumbre y fidelidad. Cuando los apóstoles dicen a Cristo: "Señor enséñanos a orar", sienten que les falta algo y que debe realizarse en ellos una liberación. Una vez que ha tenido lugar ese desbloqueo, todo lo demás (distracciones, preocupaciones, fatiga) no tiene gran importancia. Basta volver al desbloqueo inicial, al primer cuarto de segundo, al primer grito que has lanzado a Dios y en el cual el Padre ha reconocido el grito de Jesús en la Cruz.

Desde el momento que el hombre quiere orar, los demonios tratan de impedirselo; saben en efecto que nada les hace más daño que la oración. Ahora bien, si deseas de verdad orar y no tienes valor para ello, te aconsejo que vayas a llamar a las puertas de la Virgen; desde ahí, existe una gran esperanza de conseguir la gracia de la oración y dejar a un lado todos los temores. Como lo hizo con los apóstoles en el Cenáculo, Ella sostendrá tu fe y tu perseverancia para que perseveres en la súplica.

Ahí es donde debes poner todo tu esfuerzo, aunque te parezca descorazonador y aparentemente estéril. Orar no es fácil, por mucho que se diga; más aún orar es duro, sino hubiera sido así, no hubieras sido llamado al orden por el mismo Jesús. No se trata de buscar una seguridad fácil, como una especie de olvido del mundo; la oración es una cosa totalmente distinta, pues implanta en ti una disciplina de vida.

La oración del corazón es un don de Dios, se te dará cuando Dios quiera y en el momento en que menos lo esperes, para que comprendas que es una gracia. Puedes hacer esta experiencia. Llegas a la oración, te sientas en un sitio tranquilo, ante el sagrario por ejemplo, cierras tus ojos y diriges tu espíritu hacia tu corazón, es decir hacia lo más profundo de ti mismo. Entonces llamas al Espíritu con gran insistencia y luego repites despacio: Señor ten misericordia de mí. De tiempo en tiempo haces unas pausas en silencio sin decir nada, o entrecortas tus palabras con profundos silencios.

Y luego en el momento en que menos lo pienses, en un segundo plano de tu conciencia, mucho más allá de tus ideas y tus sentimientos, sorprenderás que la oración está en marcha en ti. Incluso te sucederá a menudo que se te imponen luces referentes a tu vida, que te da Dios sin que tú lo sepas, o decisiones que debes tomar. Es el dulce murmullo del Espíritu que educa tu corazón y le conduce hacia la verdad entera.

Por eso el fin de la oración es la invasión de tu corazón por el poder y la dulzura del Espíritu Santo. Es el enviado del Dios Altísimo que se ha convertido en tu abogado. Te

toca a ti, pedirselo al Padre, en el nombre de Jesús, pero no depende de ti el que se te conceda; es decir la calidad de la oración es obra única de Dios. Puedes disponerte a recibir este don de la oración, puedes pedirlo, pero debe ser recibido a su tiempo. "Me pareció que era voluntad de Dios que me esforzase en buscar y encontrar, y no encontraba, y sin embargo me pareció bueno el buscar y no estaba en mi mano el encontrar (San Ignacio).

Si la calidad de tu oración no depende de ti, la cantidad depende de tu buena voluntad y puedes repetir sin cansarte el Nombre de Jesús. La oración no se aprende más que en la oración. Y si, aparentemente no obtienes ningún resultado, no saques la conclusión de que has orado mal; en primer lugar has dado gusto a Dios, y esto ya es mucho y además has tenido la alegría de estar charlando con El.

Colócate ante la Virgen en la actitud que ella tenía en la Anunciación, de cara al Todopoderoso: Heme aquí... Está ahí, con sencillez, sin artificios ni rodeos, en la verdad de su ser recibido de Dios, dejándose hacer y amar por él.

Después de Jesús, fue la primera en entrar en el Reino de las Bienaventuranzas, por eso es modelo y fuente de gracia para ti. Escucha las palabras de María, mira y penetra sus actitudes profundas. Contemplándola sin prisas, te haces semejante a ella: un corazón disponible y pobre, preparado para ser invadido por Dios.

Por eso Dios puede obrar en ella maravillas y hacer de ella la madre de su Hijo único. Una vez que ha reconocido la llamada de Dios, no tiene ya reserva alguna y se entrega a él totalmente en la fe. Cree en la omnipotencia creadora de su Palabra, pues sabe que no hay nada imposible para Dios, que cambia la esterilidad de los pobres en fecundidad de una riqueza inaudita.

Es el modelo del don de tu ser a Dios. Deseas regular el don de tu persona, mientras tengas previstos límites, eres demasiado todavía poseedor de tu oblación. Dios te pide una disponibilidad absoluta y te llama a menudo a entregar lo que no habías previsto. María en modo alguno soñaba en llegar a ser la Madre del Prometido, pero como estaba disponible y abierta, nada le sorprende en la llamada de Dios.

Puedes recitar con sencillez el Rosario, repasando en tu memoria las palabras de la Virgen, para que ella reproduzca en ti sus profundos sentimientos.

En la oración al Espíritu Santo hay algo que desconcierta; le pides que te visite, que te llene de sus dones, que te de su luz, que te llene de su amor, en fin que venga a ti. ¿Pero qué es lo que tú experimentas de todo esto? ¿En qué porcentaje es esto verdad para ti?

Hay que admitir que cuanto más suplicas al Espíritu que te invada, mayor es la desesperante impresión, no solo de no estar lleno, sino de hundirte más aún en tu pobreza. No sientes nada. La experiencia del Espíritu es el misterio más profundo que te es dado vivir: No lo puedes imaginar porque es espíritu, ni prenderlo porque es viento

(Hechos,2). Es un río que nada puede contener (Jn,7), un fuego que no quema (Hechos, 2). En fin es una luz que no se ve.

Y sin embargo si la Escritura ha utilizado para él imágenes de fuego, luz, rocío, fuente, es porque se dan en ti efectos que proceden de la experiencia. El Espíritu edifica en ti el hombre nuevo. Es en verdad el Espíritu creador que llena tu corazón de gracia y de luz, para que todo tu ser, creado por Dios, sea restaurado y edificado en el Amor.

Así cuando Dios te toca de un manera inmediata, es un cero de presencia sentida y de experiencia. En un instante, te encuentras movido, atraído hacia Dios, sin poder querer otra cosa que a él mismo. Es la paz y la alegría, a menudo no sentidas, que se traducen en silencio, en las profundidades del ser. Siempre se dará un desfase cuando intentes traducir esta experiencia en palabras e ideas.

Si no puedes alcanzar a Dios directamente, podrás sin embargo reconocerlo por la huella que deja en tu vida real. Quisiera darte sencillamente dos puntos de referencia que podrán ayudarte a verificar si tu caminar con Dios es acertado.

Si, a lo largo de los años, tu vida espiritual no fomenta en ti el sentido de la realidad y el aumento de tu libertad interior, es que la conduces al revés. Cuanto más te arraigues en esta vida de Dios tanto mayor consistencia tendrá tu vida.

Serás por ejemplo, más sensible a la belleza de un paisaje, a los rasgos de un rostro que se imprimirán muy fuerte en ti y te llenarás de admiración ante la singularidad de cada persona. Sobre todo serás capaz de amar con ternura y fuerza a todos aquellos con quienes te encuentres.

Aquí es donde se da la curación real que aporta el Espíritu Santo. La larga y paciente búsqueda de Dios debe normalmente ayudarte a desprenderte de tus temores y miedos religiosos y en cuanto sea posible, de tus trabas psicológicas. El Espíritu Santo no los borra con un golpe de lápiz mágico, pero vives con estos temores como con viejos camaradas que se esfuman poco a poco; no te inquietan ni te plantean problemas. Llegas incluso a amarlos y a ofrecerlos al Espíritu para que haga con ellos lo que quiera.

El Espíritu te forma poco a poco a imagen de Dios y te hace progresivamente más sincero y más libre en medio de los hombres. Si creces en el sentido de la realidad y de la libertad interior, puedes creer que te conduce el Espíritu.

Cuando un agua está turbia, hay que dejarla reposar bajo la cálida claridad del sol para que las impurezas se depositen en el fondo y el agua aparezca pura en la superficie.

Lo mismo sucede con tu vida cristiana que se decanta poco a poco en la oración, bajo la mirada de Dios. El Espíritu Santo inclinará tu corazón hacia tal o cual forma de pobreza para mejor orientar tu vida en el sentido de la voluntad de Dios. Sobre todo aprenderás a estar delante de Dios, para él solo.

Cuando trabajas o descansas, obras demasiado por un fin. Te olvidas de lo maravilloso que es estar, sencillamente estar, sin pensar en más. La oración te hace estar delante de Dios.

La elección espiritual a la que se te invita es descubrir la voluntad de Dios sobre ti en un momento dado de tu vida para orientarla. No te puedes fiar, de las solas luces de tu razón, tienes necesidad de una revelación superior del Espíritu para comprender el designio de amor de Dios para contigo.

La oración continua, la contemplación del Evangelio, purifican tu corazón y te invitan así a entregar a Dios lo más íntimo de tu ser.

En el punto de partida, se da la certeza de que el Espíritu Santo quiere realizar en ti algo que te resulta imposible de definir de antemano. Habitualmente vienes a la oración con problemas precisos para los cuales quieres soluciones inmediatas. No puedes entonces descubrir la voluntad de Dios que exige una ausencia de cuestión previa y un olvido de lo que eres o de lo que haces.

Deja, pues fuera tus problemas y ábrete a Dios para someterte a una presencia efectiva del Espíritu que quiere realizarte. En la oración, te conviertes en el lugar de paso del Espíritu, dejando caer poco a poco tus defensas y tus seguridades.

Por eso la voluntad de Dios no pide habitualmente conductas extraordinarias o sensacionales. Dios trabaja en el tejido mismo de tu existencia, **POR TANTO SU VOLUNTAD APARECERÁ A NIVEL DE TU VIDA DIARIA.** Te pide sobre todo, que aceptes con plena lucidez tu ser de hombre, con sus límites y sus deficiencias, a través de las cuales te purifica.

CONTINUA ORANDO TOMANDO NOTA EN TU VIDA DE LAS LLAMADAS PRECISAS Y DE LOS DESEOS QUE EL ESPÍRITU TE SUGIERE, pues siempre te habla a través de tus aspiraciones profundas haciéndote descubrir la voluntad de Dios. Y luego, trata concretamente de traducir como quieres realizar esa elección, acomodándola a la necesidad.

En todo caso, si has elegido según Dios, experimentarás una gran alegría en ti. La paz y la alegría son siempre las señales de la acción de Dios en ti, aún cuando esta alegría exija de tu parte un sacrificio real. Al mismo tiempo poco a poco, se formará en ti ese espíritu de discernimiento espiritual que te hará "sentir" la voluntad de Dios en todos los acontecimientos de tu vida.

A todos los que experimentan resistencia al Rosario, sentíos libres ante esta exigencia cotidiana y preguntaos:

¿qué es lo que más me ayuda a guardar el contacto con Cristo a lo largo del día, a vivir bajo la mirada benevolente del Padre, en la libertad de la oración del Espíritu en nosotros? Para muchos esta actitud será una verdadera liberación y podrán situarse ante el Rosario sin apremio y sin embargo sin descuido.

Poco importa que meditemos o no, que tengamos distracciones o no, la recitación lenta y atenta del Rosario nos hará entrar en la oración misma de la Virgen. No se trata de reflexionar o de pensar, sino de murmurar con los labios una súplica estrujándola en nuestro corazón: ¡Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores!

Poco a poco y sin darnos cuenta, la oración de fuego del Espíritu se nos encenderá en el corazón. Volveremos así a una ley de la oración: Cuánto más nos sentimos llamados a realizar la oración del Espíritu en nuestro corazón más debemos agarrarnos a una oración sencilla, importa poco que sea mental o vocal.

Hay que haber sufrido mucho en la vida de oración para comprender que no se va directamente a Dios sin pasar por esos intermedios que San Ignacio llama "mediadores". A menudo invita al ejercitante al empezar la oración, a suplicar a Cristo, a la Virgen o a los Santos para que le introduzcan ante el Padre. Si queréis convenceros de lo bien fundado de este consejo, ponédlo por obra el iniciar una hora de oración.

Si llegáis a la oración y no conseguís entrar en contacto con Dios, tomad el Rosario y recitad lentamente una o dos docenas; muy pronto veréis el resultado. Sorprenderéis a vuestro corazón en "flagrante delito" de oración y seréis introducidos, sin daros cuenta en el corazón de la Santísima Trinidad por la oración de María.

A algunos les gustará recitar el Rosario de una sola vez los días en que tienen tiempo. A otros les gustará decirlo a lo largo del día, al hilo de los acontecimientos o de los rostros encontrados, o mejor todavía para santificar su trabajo, o en los momentos de tiempo libre. El Rosario aparece entonces como un especie de hilo de oro que enlaza los instantes de una vida y los unifica en una mirada puesta en Jesucristo y en su Madre.

Los que perseveran en esta oración, a veces austera y árida, están en el camino de la oración contemplativa del Espíritu. Si no pueden pasar una jornada sin haber rezado el Rosario, les llegará algún día una gran gracia. Verán los cielos abiertos y a Jesús sentado a la derecha del Padre sin cesar de interceder por los que se acercan a él con confianza. Igualmente entrarán en la oración de María en el cenáculo que no cesa de pedir el Espíritu, uniéndose a la oración de su Hijo: Pedid al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros siempre.

La fe supone humildad, pues los actos de confianza son privilegio de los humildes. Mediremos nuestra humildad por nuestra confianza porque, para tener confianza, es preciso no mirarse a uno mismo, sino únicamente a Dios y a lo que él quiere.

La dificultad de la fe es la misma que la de la humildad: se trata siempre de dar preferencia al pensamiento de Dios y no al nuestro.

La humildad no consiste en estar descontento de sí mismo, tampoco es la confesión de nuestra miseria o de nuestro pecado, ni tan siquiera, en cierto sentido, de nuestra pequeñez. La humildad supone, en el fondo, mirar a Dios antes que a uno mismo y medir el abismo que separa lo finito del infinito. Cuanto mejor se ve esto (mejor dicho, se acepta el verlo) más humilde se hace uno.

A partir del momento en que ha puesto su confianza en Dios, sabe que los acontecimientos están gobernados por su mano paternal y vive de su gracia. Entonces puede proclamar como la Virgen que Dios es Santo. Pero para celebrar la gloria de este rostro, hace falta algo más que la evidencia, es preciso el "amor".

Para el hombre de oración, la celebración de la gloria de Dios no es un deber, o una deuda a saldar, sino la expresión tan auténtica como le sea posible de su admiración ante este rostro. Es la cumbre de su vocación de hijo del Padre, de hermano de Cristo y de templo del Espíritu Santo.

El hombre que ha encontrado la oración del corazón se ha convertido en un templo vivo que adora sin cesar en espíritu y en verdad, es un icono de la gloria del resucitado. El templo de su cuerpo se ha convertido en una casa de oración, en la cual glorifica a Dios, como Jesús se convirtió en el templo nuevo.

Toda la existencia se siente como un acto litúrgico. "Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" El aldeano en su campo, el obrero en su taller, el profesor en su clase, pueden liberar la nueva creación que desea vivamente la revelación de los hijos de Dios, si purifican sus gestos y sus miradas por la oración de Jesús. Es la oración en la vida, o la contemplación en la acción.

Si entras con la suficiente profundidad en el misterio de la persona de Jesús, comprenderás que ha venido a liberarte recreándote a imagen de Dios. Pero no realiza esta recreación de una manera espectacular, lo hace al modo del siervo sufriente. No pases a la ligera y demasiado deprisa y acepta el ser profundamente desconcertado por la locura de la cruz.

Sólo se conoce a Jesús comprometiéndose a seguirle. Entregarte a él con todas tus fuerzas y con todo el amor de tu corazón, es aceptar el ser arrastrado allí donde no quisieras, es decir a la Pasión. Cuando Cristo te invita a seguirle y a llevar su Cruz, te propone que te vacíes del sueño de tu vida para entregarte realmente a El. No entregas tu vida a una causa, un sistema o una ideología sino a una Persona.

Pero no basta el aceptar verbalmente el seguimiento de Cristo: el misterio de la Cruz hay que vivirlo en toda su existencia de hombre por una asimilación cada día más verdadera al Señor Jesús. El misterio de la Cruz que tanto asusta al hombre moderno, celoso de cierta plenitud, sólo puede ser comprendido en el Amor, sino la Cruz está plantada en el absurdo y se convierte en un falso escándalo.

Sólo el que abandona y entrega las cosas y los seres a los que ama puede adueñarse de ellos en una relación gratuita de amor. Entonces el don de ti mismo implica un doble movimiento. En primer lugar la aceptación de tu realidad de hombre. El Señor pide que desarrolles a fondo todos los dones que ha depositado en ti. Muchas dificultades provienen de que tú rehúsas el aceptarte tal como eres con todos los poderes que se encuentran en ti.

Pero el verdadero amor de Cristo supone también que no te encierres en sus dones guardándolos celosamente para ti. En esto consiste el pecado: en vez de hacer de ellos el

medio de relación al Padre y a los demás, los haces servir para tu propio fin. Renuncia a tener ideas propias y acepta lo inesperado de la persona de Cristo.

A Cristo le toca el purificarte en tus fuerzas vitales. Dejándote llevar por él, te purifica de tu tendencia a echar mano de tus legítimas posesiones. Es preciso pues que cargues con la cruz de cada día, es decir este conjunto de purificaciones que te proporcionan las circunstancias de la vida. Pero ten cuidado y no fabriques la cruz en tu taller personal, déjale a Cristo que te cargue con su cruz. Aceptando así el perder tu vida, la salvarás. Sólo posees aquello a lo que renuncias.

Busca, llama, pide, intercede. Todo lo que pidas en una oración llena de fe, lo conseguirás.

Si no experimentas los límites de tus fuerzas humanas y no compartes nunca la miseria material o espiritual de tus hermanos, tu oración se mantendrá siempre refinada y respetuosa, pero no superará nunca el estadio de las peticiones mundanas y no llegará a los oídos de Dios.

Si tienes tiempo, antes de entrar en oración, vuelve a leer las parábolas en las que Cristo habla de la oración: la higuera estéril, el amigo importuno y luego todo lo que dice Jesús acerca de la eficacia de la oración.

Compara tu oración con la del amigo importuno o la de la viuda y comprende lo tímida que es tu oración. Dios conoce el fondo de tu corazón y participa de tu angustia. Antes de saber como hay que orar, importa mucho más saber como no "cansarse nunca", no desanimarse nunca, ni deponer las armas ante el silencio aparente de Dios.

Que la intrepidez se adueñe de ti como de la viuda ante el Juez. Vete a encontrar a Dios en plena noche, llama a la puerta, grita, suplica e intercede. Y si la puerta parece cerrada, vuelve a la carga, pide, pide hasta romperle los oídos. Será sensible a tu llamada desmesurada pues ésta grita tu confianza total en El.

Déjate llevar por la fuerza de tu angustia y el asalto de tu impetuosidad. En algunos momentos, el mismo Espíritu Santo formulará él las peticiones en lo más íntimo de tu corazón con gemidos inefables.

¿has oído gemir a un enfermo presa de un intenso sufrimiento? Nadie puede permanecer inmóvil a esta queja a menos que tenga un corazón de piedra. En la oración, Dios espera que metas ese bemoil de violencia, de vehemencia y de imploración para volcarse sobre ti y escuchar tu petición.

Si supieses lo atento que está Dios al menor de tus clamores, no dejarías de suplicarle por tus hermanos y por ti. El se levantaría entonces y colmaría tu espera mucho más allá de tu oración. Se puede esperar todo de una persona que ora sin cansarse y que ama a sus hermanos con la ternura misma de Dios.

Una oración así supone, es cierto, la fe, pero cómo podrías tu orar con tanta perseverancia si no tuvieses una confianza total en Dios que te escucha y te ama. También aquí, Cristo te recuerda que no hay comparación entre lo que pides y la respuesta del Padre: "Yo os aseguro, si tenéis fe y no vaciláis, no solo haréis lo de la higuera, sino que si decís a este monte: Quítate de aquí y arrójate al mar, así se hará".

No puedes ver el sufrimiento de tus hermanos sin ser el amigo importuno que llama a la puerta de Dios a tiempo y a destiempo. Mide el alcance de estas palabras de Jesús: "Y todo cuanto pidáis con fe en la oración, lo recibiréis".

La necesidad de un cuarto de hora de oración al día.

No soy yo el que te da este consejo, sino la misma Santa Teresa de Ávila. Había abandonado casi totalmente la oración después de su profesión en el Carmelo de la Encarnación de Ávila y la vuelva a iniciar a los 28 años, a la muerte de su padre. A petición de sus hermanas carmelitas empieza a "escribir algunas cosas de oración". Se encuentra en ella una frase extraordinaria en la que dice esto: "Respondo de la salvación de aquel que haga un cuarto de hora de oración al día".

Para Teresa no se trata de un seguro de vida, sino quiere decirte sencillamente que si haces de verdad oración cada día, van a sucederte, la gloria de Cristo resucitado va a invadirte progresivamente y a la larga ahogará al hombre viejo. En este sentido afirma que el pecado puede cohabitar en ti con la oración.

Teresa de Ávila sabe muy bien que aumentarás la dosis. El Espíritu Santo te dará a gustar el agua viva y a diferencia de otras bebidas, no te saciarás nunca. La oración, cuanto más la posees, más la deseas. En el terreno de la oración, por el Espíritu Santo tú harás mucha oración. Pero empieza primero por un cuarto de hora. Luego, te apasionarás por la oración y presentirás, con deseo y temor que puede llegar a ser una vida interior a tu propia vida.

Ahora bien, si te propones hacer un cuarto de hora de oración cada día, puedes prever numerosas infidelidades; no hacerla, acortarla, o lo que es más peligroso, hacer como si la hicieras a tus propios ojos o ante los de Dios. Encontrarás muchas excusas: el trabajo, el cansancio, lo aburrido de la oración, la impresión de que pierdes el tiempo; en este terreno somos bastante imaginativos. Pero si has tomado la decisión de hacer oración cada día, hay una regla fundamental que podríamos enunciar así: las infidelidades no tienen ninguna importancia, con tal de que las reconozcas como tales y sobre todo que no te instales en ellas.

Si durante muchos meses no haces oración, pero estás atormentado por ello, estás salvado. Por el contrario, si haciendo oración, dejas penetrar en ti la turbación, estás en peligro. Estoy pensando en todos aquellos que afirman: la oración no es para mí, o vale más que entregarse a los demás que perder así el tiempo, o los que hacen objeciones más sutiles sobre la posibilidad misma de la oración o sobre la forma de hacerla.

Teresa define así la oración: "Tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama". Te invita sencillamente a dejar que la presencia trinitaria,

que impregna el fondo de tu ser, suba a la superficie de tu conciencia para investirlo por entero de un sentimiento de alegría. Me dirás tal vez que la oración no es siempre para ti un tiempo de alegría, y es cierto pero poco a poco, irás distanciándote de lo que experimentas para poner únicamente tu alegría en Cristo resucitado.

La oración es el comienzo del cielo en tu corazón, pero el cielo no está nunca fuera de ti, está siempre escondido en el fondo de tu corazón y es de dentro de donde brotará el agua viva.

Seguramente os habréis encontrado con hombres y mujeres de oración; entre ellos monjes, laicos, sacerdotes, ancianas, monjas o jóvenes, en su mayoría gente sencilla y pobre. Estas personas "han sido captadas" por la oración, aunque está oculta en el fondo de su corazón, es invisible; sólo la mirada del Padre ve en lo secreto.

Estas personas continúan su vida normalmente: trabajan, hablan, duermen, comen y oran con sus hermanos, pero si no tenéis "ojo" en el sentido de "ver a través", no os daréis cuenta de que están siempre en oración en el santuario interior de su corazón. Se comprende que oculten su tesoro, pues es lo mejor y más precioso que tienen.

Si les preguntáis un poco, os dirán que esta oración continua es una gracia recibida, y algunos, por no decir todos, añadirán que la han recibido por intercesión de la Virgen. Para muchos, el humilde rezo del Rosario fue el camino de humildad y de pobreza que les sumergió en la oración continua. Basta hacer uno mismo la experiencia al comienzo de la aventura de la oración. Nos rompemos la cabeza para encontrar el contacto con Dios o para hacer silencio, y no lo conseguimos. Nos ponemos a recitar el Rosario y la oración habita en el corazón antes de que nos hayamos puesto a pensar en Dios.

Hay ahí un secreto inaccesible a los sabios y a los inteligentes, pero revelado únicamente a los pequeños. No lo explico, sólo lo constato e invito a los lectores a que ellos mismos hagan la experiencia y juzguen por los resultados. Si no se puede explicar ni conocer el origen o el término de esta experiencia que nos supera, se puede al menos, dice San Bernardo, "discernir el momento de su venida y la hora de su retirada". ¿Por qué este discernimiento? Para dar gracias cuando la oración se presenta y para desecharla cuando se ausenta.

Parece que en el momento que se repite la invocación "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores", la oración irrumpe en nuestro corazón. La oración que se inscribe aquí abajo en nuestras pobres palabras humanas repercute en la oración de la Virgen en el cielo. Somos muy conscientes de que María ha tomado el relevo de nuestra oración y que intercede por nosotros junto a Jesús, siendo aún más conscientes de que no hay más que una intercesión: la de Jesús al Padre (Heb 7,25). María, en la gloria del cielo, intercede por nosotros y nos hace experimentar las arras de la oración del Espíritu. Algunos días, tenemos como la intuición de compartir su oración del corazón y que nos parece bueno estar allí sencillamente con ella. Otras veces repasamos en la memoria del corazón el hilo de los acontecimientos de la jornada y descubrimos los humildes pasos del Señor, sus llamadas discretas y también los rechazos que le hemos opuesto haciéndonos los sordos.

Como las cuentas del Rosario, estos acontecimientos forman un todo que presentamos al Señor en la acción de gracias y el arrepentimiento. A veces, en fin, esta oración del corazón se identifica con el silencio y el descanso bajo la mirada del Padre.

Que María nos conceda el acoger la oración del Espíritu en nosotros como Dios quiere, tanto en la alegría como en la sequedad.

En ocasión de un retiro o unos ejercicios, pregúntate si oras de verdad, es decir: ¿cuando entras en una Iglesia o haces oración en tu cuarto, te pones verdaderamente de rodillas? Si es así, vuelve a empezar lo más a menudo posible y déjate penetrar por esa actitud; conseguirá hacer de ti un hombre invadido por la oración, envuelto en la luz de Dios, en una palabra un hombre ebrio de Espíritu, pues el fin de la oración es precisamente la adquisición del Espíritu Santo.

Dice San Juan Crisóstomo: "La Sagrada Escritura llama a la gracia del Espíritu Santo unas veces fuego, otras agua, dando a entender que estos nombres indican no la sustancia, sino la operación. Fuego, para mostrar el ardor y la fuerza de la gracia, agua para señalar que refresca y purifica el alma de los que la reciben." La Misericordia de Dios nos arranca del corazón un grito que toca el corazón de Dios. No tienes excusa alguna para no querer o no lanzar ese grito, pues aquí, querer y poder, son la misma cosa. Entonces, antes de cualquier oración, ponte de rodillas despacio y conscientemente, proclamando que no estás en primer plano, aunque tengas dudas sobre Dios, que es quien está en primer lugar.

Si encuentras resistencias que te impiden hacerlo, no insistas. Pide con sencillez la gracia de estar de rodillas: Dios mío, muéstrame tu rostro y enséñame aceptar estar en segundo plano. Si de verdad estás convencido de todo esto, tu vida de oración no podrá continuar como hasta ahora. Entre tanto, si ni siquiera consigues orar de esa manera, pero tienes el deseo de hacerlo, pide a los que pueden orar que lo hagan por ti. Hay hombres y mujeres cuya vocación es suplicar en el nombre de sus hermanos.

Lo que caracteriza a esta oración, es que no hay que esforzarse para entrar en ella porque te impregna y te envuelve por todas partes. Es en verdad un baño en el agua viva de la oración. Si estás en la soledad, busca un lugar donde esté la Eucaristía y entra en la oración de Cristo. Puedes también deslizarte en la oración de María, que perseveró en el Cenáculo en la intercesión o entra en la oración de los santos.

El que puede orar un cuarto de segundo puede orar todo el tiempo. Es una cuestión de costumbre y de fidelidad.

A propósito de la mujer adúltera, que se quedó sola ante Cristo, San Agustín hace esta magnífica reflexión: "No hay más que dos cosas, la miseria y la misericordia". A mí me gusta añadir: en medio está el grito silencioso de esta mujer que agita violentamente el corazón de Cristo y le mueve a compasión.

Lo mismo le pasa a la oración frente al misterio insondable de la Santísima Trinidad. Es ciertamente una oración de adoración, pero ésta no es posible sino a partir de un grito de súplica que es la confesión de tu miseria. Dios te hace toda clase de regalos y crees que te ama por esos dones, siendo así que es tu miseria lo que le regocija y seduce. Así se desvela un misterio muy extraño, accesible únicamente a los pobres: te enseña el arte de considerar tu miseria como si fuese una perla preciosa, difícil de encontrar y digna de la búsqueda más apasionada.

El Espíritu Santo (don de ciencia) te sugiere, haciéndotelo saborear delicadamente con que ternura Jesús ama tu miseria y te aconseja que la acojas, no con la lucidez despiadada sugerida por el demonio, sino en la lucidez más profunda del Espíritu Santo. Cuando el demonio te muestra tu miseria, te desesperas, mientras que el Espíritu Santo lo hace con dulzura y descubres con estupor que tiene todo poder sobre el corazón de Dios, pues le seduce.

En la oración, hay que tener la mirada perdidamente fija en su amor misericordioso para presentir que tu miseria es amable. No temas desplegarla bajo su mirada porque tan pronto como se ha iniciado este movimiento, comienza la caza que te precipita hacia el encuentro en el que te espera Cristo.

Viendo a Dios cara a cara, te ves tal como eres tú y comprendes cuanto se complace Dios viendo el esplendor de tu pobreza. Cuanto más te coloques en el fondo de tu miseria tanto más podrás gritar hacia El, es entonces cuando te arrancará de los bajos fondos. Ahí está el secreto de la oración continua. Las tentaciones y las pruebas te enseñarán a orar.

No es tu grito el que toca el corazón de Dios, sino es él el que ahonda tu corazón en profundidad para que puedas escuchar el grito de Dios. Dios llama a la tierra y tú le das diferentes respuestas. Y él continúa llamando hasta el día en que tú le respondes: "Aquí el pobre que te llama y tiene necesidad de ti, porque no puede más...", entonces Dios está cerca del pobre, del corazón quebrantado que le invoca de verdad.

La oración incesante

http://www.abandono.com/Oracion_contemplativa/Jlafrance01.htm

Introducción del libro DÍA Y NOCHE

Ediciones Paulinas. Madrid 1993. Págs. 7-17

He vacilado mucho en decidirme a escribir estas páginas, aunque hacía unos meses que el título se me había impuesto. La vacilación se debía a que no sabía qué género asignarles.

¿Debía compartir una experiencia de oración que forzosamente había de tener connotaciones personales, y por tanto autobiográficas, o convenía escribir un libro de carácter más bien general sobre la oración incesante, según las palabras de Lucas?

La cuestión era para mí más crucial porque acababa de someterme a una segunda intervención quirúrgica y me sentía incierto sobre mi porvenir.

En aquel momento sentía el deseo de dar a conocer "la esperanza que llevaba dentro" y decirles a mis hermanos por qué había deseado consagrar toda mi vida a la oración. Al mismo tiempo están también las palabras de Jesús que llaman la atención de sus discípulos sobre la necesidad de mantener su oración en secreto y oculta, a pesar de que en otra parte afirma que hay que poner la lámpara sobre el candelero a fin de que los que entran vean la luz. Y añade: *Porque nada hay oculto que no sea descubierto, ni secreto que no sea conocido y puesto en claro* (Lc 8,17).

Como siempre en caso de duda, no sabiendo dónde encontrar la luz, he recurrido a lo que hago habitualmente: "mi oración", a fin de recibir de lo alto la decisión que he de tomar. Como san Ignacio, he dirigido numerosas oraciones a la Santísima Trinidad y a cada una de sus personas. He rezado mucho también a la virgen María en el rosario, con la absoluta seguridad de que ella se dignaría escucharme no obstante mis muchos pecados. Poco a poco se ha hecho la luz, y he sentido que había llegado el momento de escribir. No por ello se había desvanecido la vacilación; no obstante, veía lo que debía decir, que tenía tanto de testimonio como de enseñanza.

Ante todo me pareció que las palabras de Lucas citadas como lema contenían la clave de mi existencia. Varias veces, al recitar el *oficio del tiempo ordinario* habían calado en

mí cuando las leía antes del salmo 53 (martes de la 2ª. semana a mitad del día). *¿Y no hará justicia Dios a sus elegidos, que claman a él día y noche?* (Lc 18,7). ¡De ahí había nacido el título!

Estaba persuadido de que debía contarme entre los hombres que claman a Dios día y noche. Lo mismo hubiera podido decir -y me sentía ahí más en lo cierto-: *¿No tendrá Dios misericordia de los pecadores que claman a él día y noche?* Pues sentía que era pecador y que tenía necesidad de misericordia más que de justicia. Al mismo tiempo, el final del texto me daba aún más la clave de mi vocación a la oración, pues sentía que era más urgente todavía interceder por todos mis hermanos los hombres, a fin de que el Hijo del hombre encuentre fe cuando vuelva a la tierra.

UN ITINERARIO

Esta llamada a interceder por mis hermanos, y en especial por todos los hombres, data sólo de hace unos años. Si hubiera de resumir en unas líneas la andadura de mi oración y, por tanto, esbozar la historia de mi vida, pues mi oración se confunde con mi existencia, diría que al principio, en los años de la infancia, me sentí atraído sobre todo por las "cosas religiosas". Luego, muy pronto, en la adolescencia y durante mi vida de profesor, fue el aspecto de la vida solitaria lo que me fascinó. Había leído por entonces *La vida oculta en Dios*, de Robert de Langeac, y me había reconocido en aquel hombre que quería ser una persona de oración y orar por las almas interiores.

Cuando miro hoy, en la perspectiva del tiempo, mi entrada en el seminario, tengo que confesar que fue el atractivo de la vida de oración mucho más que el sacerdocio lo que motivó mi vocación. Y no lo lamento; pues, poco después de mi ordenación, el Señor, a través de la Iglesia, me asignó un ministerio que me permitía orar y enseñar la oración. Recuerdo, sin embargo, muy bien que, después de mi primer libro, *Aprender a rezar con sor Isabel de la Trinidad*, mi superior me dijo: "Ese no es un estilo de oración para sacerdotes diocesanos". Y en parte tenía razón. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer yo si me sentía llamado a aquella vida de oración según el Carmelo?

Debo reconocer también que los ejercicios hechos con el padre Laplace (4 días, 8 días, 10 días y 30 días) me iniciaron en la espiritualidad y en la oración ignaciana, centrada en la contemplación en la acción. A ello se debe que todos mis retiros presenten el esquema y la estructura de los *Ejercicios*. Mis maestros de oración han sido sobre todo san Ignacio y los santos del Carmelo.

ZONA DE TURBULENCIA

Brevemente, y para no extenderme, debo decir que hacia los cuarenta años entré en un período de gran turbulencia, como dicen los aviadores, período que se prolongó una docena de años. Fue entonces cuando descubrí la oración de súplica bajo la presión "atmosférica" de la tribulación y de la gracia. El descubrimiento no lo hice solo; mi director espiritual, el padre Marie-Dominique Molinié, fue mi iniciador. Debo confesar aquí que, después del Espíritu Santo, cuanto sé de la oración de súplica y de intercesión

me viene de él, tanto de sus enseñanzas orales como de sus escritos. Una vez que se ha sumergido uno en la súplica hasta el cuello, no se puede menos de enseñarlo, de repetirlo oportuna e importunamente, hasta romper los tímpanos de los oyentes.

Unas palabras pusieron fin a este período de turbulencia: "Te curaré por la oración, y únicamente por la oración". No me pronuncio sobre el origen de estas palabras que surgieron en mí en el momento en que menos lo pensaba. Lo cierto es que progresivamente, incluso rápidamente, me encontré en una zona atmosférica mucho más serena y tranquila. Pero si las pruebas morales y espirituales tocaban a su fin, no podía imaginarme que me esperaban grandes sufrimientos físicos. Es curioso; unas horas antes de escribir esto, una religiosa me decía: "El que ha escrito sobre la oración debe rezar mucho y esperar sufrir mucho". Es exactamente lo que decía santa Rosa de Lima a su médico Castillo: "Cuanto más aumentan los carismas en un hombre, más aumentan las cruces al mismo tiempo". Yo no creo haber tenido carismas; en cuanto a cruces, me parece que he tenido mi ración.

LAS HERIDAS

Tampoco aquí quiero entrar en detalles, pero la extracción de un pulmón y las sesiones de rayos que siguieron me hicieron sufrir mucho. Comprendo las palabras de Teresa de Lisieux: "Sufrir pasa, pero haber sufrido queda". Por no hablar de la angustia moral de quien ha tenido un cáncer y siente perpetuamente sobre su cabeza la espada de Damocles. Unas palabras me sostuvieron durante aquellos meses de prueba; las escribió la madre Marie-Denyse, antigua superiora general de las religiosas de la Asunción. Después de haber pasado varios meses internada en un hospital de Burdeos, sabía que padecía una leucemia, a la que sobrevivió aún cuatro o cinco años. En sus notas escribió: "No se muere de enfermedad, sino que se muere porque Dios dice: 'Te ha llegado la hora; ven'". Teresa de Lisieux dijo unas palabras muy parecidas.

¿Necesito decir que en aquellos momentos supliqué? Por lo demás, la súplica se había convertido en algo instintivo en mí. Cuando se ha suplicado una vez de veras, es imposible olvidarlo, aunque ese grito se difumine a veces en los momentos de calma. Se convierte en nosotros como en una segunda naturaleza. Más aún, la súplica se convierte en nuestra misma naturaleza, pues nuestro ser es orar. Eso debió ser la súplica permanente de los santos; súplica que franqueó la barrera del sonido para entrar en la velocidad infinita de la danza trinitaria. No obstante, deseo hacer aquí una observación que estimo fundamental: no existe proporción alguna entre la súplica, ni siquiera la suscitada por una gran desgracia humana, sea física o moral, que brota de nuestro corazón y puede ser permanente, y la súplica que enciende en nosotros el Espíritu Santo en el momento en que menos lo pensamos. Pasamos entonces de la tercera velocidad a directa. Vivimos entonces una súplica que el hombre no puede expresar, porque semejante oración no viene de la tierra, sino del cielo. No es frecuente, ni depende de nuestra capacidad; es un puro don de Dios. No afirmo que se la pueda olvidar, pues deja en el corazón una herida, una quemadura, una nostalgia incurable; pero cuando desaparece, se vuelve a la súplica humana habitual, en la que se es un hombre cualquiera, como dice el autor anónimo del siglo IV. Sólo queda pedirla, deseirla, suspirar por ella, pues no depende de nosotros hacer que nazca en nuestro corazón la súplica del Espíritu Santo.

LA ORACIÓN CURA

Después de la operación, la vida continuó. Hube de abandonar no pocas actividades, porque estaba singularmente disminuido y no pasaba un solo día sin sufrir de una cosa o de otra; pero, poco a poco, se habitúa uno a todo; incluso a sufrir. Felizmente estaba la oración. Prácticamente no tenía otra cosa que hacer, y ella constituía toda mi fuerza y mi sostén.

Repetidas veces me he preguntado incluso si el Señor no iba a llamarme. Pero he predicado dos retiros, y en cada momento el Señor me ha dado las fuerzas necesarias, mostrándome claramente que me quería aún en este ministerio. Esta iluminación la he tenido hace un mes durante mi último retiro.

Vino luego la segunda operación, el 25 de mayo pasado. Ya antes de la operación del pulmón se había detectado un bocio tiroideo; pero como no me molestaba, no se le prestó atención. Un buen día afectó a mis cuerdas vocales, apagándose mi voz. Se decidió la intervención. Todo salió bien, a pesar de mis temores. Así es. La intervención fue un éxito, pero los inevitables análisis descubrían algunas células no identificadas, como dicen elegantemente los laboratorios. Ello movió a mi cirujano a pedirme un pequeño tratamiento complementario de rayos, lo que no me encantaba en absoluto.

Y fue entonces cuando ocurrió un pequeño milagro, sin hablar de los restantes que me habían mantenido con vida hasta entonces. Un amigo me había indicado que el padre Tardif venía para una jornada de retiro en Nouan-le-Fuzelier. Me fui, pues, cerca de Orléans: cinco horas de coche para la ida, y otras tantas para la vuelta en un día. Participé bajo la lluvia en la asamblea de oración; no pensaba encontrarme con el padre de tanta gente como había (cinco mil personas). Mas he aquí que, después del mediodía, cuando me dirigía a la plataforma en espera de la segunda enseñanza sobre la intercesión, que ha ejercido una gran influencia en mí, me encuentro con el padre. Había recibido una carta referente a mí, y sabía de qué se trataba. Me acogió muy fraternalmente y fue muy bueno conmigo.

Ya me conocía algo por mis libros, traducidos al español en Santo Domingo. Le había gustado *El poder de la oración*. Me llevó aparte a la iglesia y rezó por mí con una oración de alabanzas en lenguas. Yo permanecí a su lado para la enseñanza y concelebré la eucaristía, en la que hubo una solemne oración de curación y muchos testigos. No me sentía cansado, y era como si todos mis dolores hubieran desaparecido.

Fue a la vuelta cuando, me parece, se produjo el milagro. Varias veces había él anunciado que en la próxima visita al médico se produciría una señal: el tratamiento previsto sería inútil. A la semana siguiente tenía que ir a ver a mi radiólogo para establecer el tratamiento de rayos. Después de examinarme, me anunció que los rayos no eran necesarios, puesto que ya había sido irradiado; no obstante, me pidió algunos exámenes complementarios. Me sentía lleno de gozo y de acción de gracias en aquel momento, pues tocaba con el dedo el poder del Resucitado. La oración que salía de mis labios era la de Jesús a propósito de la resurrección de Lázaro; pero yo la dirigía a Jesús: *Señor Jesús, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé bien que tú me escuchas siempre.*

Fuera de hechos notables como este, he de confesar que a menudo (por no decir siempre) he experimentado el poder de la oración para aliviar el dolor y el sufrimiento. En los momentos en que todo me abrumaba, me ponía a rezar (también eso es una gracia), y terminaba siempre sereno; el sufrimiento había desaparecido como por ensalmo

En el momento en que escribo estas líneas tienen lugar los funerales por mi amigo Jean-Pierre Leclerq (cincuenta y dos años). Le habían extraído un pulmón hace cuatro o cinco meses, y en junio se le declaró un tumor en el cerebro. Le había visitado recientemente y con mucho pudor y discreción, no me había ocultado su estado. Este sacerdote era un hombre auténtico, rebosante de humanidad y de amistad, y al mismo tiempo un hombre de Dios. Le he invocado anoche y esta mañana, y he experimentado su presencia y su intercesión, porque me ha afianzado en mi vocación profunda dándome la gracia de la oración.

¿QUIÉN ME ENSEÑÓ A ORAR?

Después de este rodeo biográfico, es hora de volver a las palabras de Lucas, que explican mi vida hoy. Sin embargo, era importante dar este rodeo para comprender cómo el Espíritu Santo forma a un hombre en la oración y le hace descubrir en esta oración su vocación última. A menudo se piensa que basta ser llamado a la oración, tener el deseo y la voluntad de orar, para ser hombre de oración. En esto nos equivocamos rotundamente; son las pruebas sobre todo las que nos enseñan a orar.

Nunca tocamos suficientemente a fondo la miseria para clamar a Dios, pues el grito que llega de lo profundo es siempre escuchado.

Todavía hoy, después de haber suplicado tanto y de encontrarme en un estado en el que no tengo más solución de recambio que la oración, estoy íntimamente persuadido de que apenas he comenzado a suplicar. Cualesquiera que sean los gritos de angustia arrancados a nuestro corazón de piedra, no son nada al lado de lo que el Señor espera de nosotros en materia de súplica. Con un toque de humor, casi podríamos decir que ni siquiera hemos comenzado a suplicar. No soy yo quien lo dice, sino el mismo Jesús, que amonesta a sus apóstoles con estas palabras: *Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestra dicha sea completa* (Jn 16,24).

Pero reconozco también que no sabría nada de la oración de súplica, de la que tantos religiosos, e incluso sacerdotes, no conocen gran cosa, cuando no la critican incluso, si no hubiera pasado por las pruebas que he experimentado. Y en este sentido doy gracias a Dios por haberme hecho pasar por ahí, pues era el único medio de sumirme en la oración. Una historia que ya he contado en *La oración del corazón* permitirá comprenderlo.

Se trata de Máximo, un joven griego, que oye la llamada a ir al desierto para realizar las palabras de Jesús: *Hay que orar siempre sin desfallecer*. Se va, y el primer día todo marcha bien. Se pasa el día rezando el padrenuestro y el avemaría. Pero se pone el día, oscurece y comienza a ver surgir formas y brillar ojos en la espesura. Entonces le invade el miedo, y su oración se hace más insistente: *Jesús, hijo de David, ten compasión de*

mi, pecador. Y se duerme. Al despertarse por la mañana, se pone a rezar como la víspera; pero, como es joven, siente hambre y sed, y ha de alimentarse. Entonces comienza a pedir a Dios que le proporcione alimento; y cada vez que encuentra una baya, dice: "Gracias, Dios mío". Vuelve la tarde con los terrores de la noche, y se pone a rezar la oración de Jesús. Poco a poco se habitúa a los peligros exteriores: el hambre, el frío y el sol; pero, como es joven, siente tentaciones de todas clases en su corazón, en su alma y en su espíritu. Habitado ya a la lucha, repite la oración de Jesús. Se suceden los días, los meses y los años, y también el mismo ritmo de tentaciones, de oración, de pruebas, de caídas y de levantarse. Un buen día, al cabo de catorce años, van a verle sus amigos, y comprueban con estupefacción que está siempre orando. Le preguntan: "¿Quién te ha enseñado la oración continua?". Y Máximo les responde: "Sencillamente, los demonios".

Al contar esta historia, monseñor Antoine Bloom decía: "En este sentido, la oración continua es más fácil en una vida activa, en la que uno se siente hostigado por todas partes, que en una vida contemplativa, donde no existen preocupaciones". Las pruebas, las angustias, los sufrimientos y los peligros es lo que engendra la perseverancia, la cual nos impulsa a la oración incesante.

Pero queda otro paso por dar. Nos puede gustar rezar, e incluso rezar mucho, como el joven Máximo, bajo el peso de las tribulaciones y de la gracia; pero de ahí a ser de los elegidos que claman a Dios *día y noche* hay todavía un abismo. El impulso a hacerlo no proviene de nosotros, sino de una llamada especial del Espíritu, que, a menudo sin nosotros saberlo, nos coloca en un estado en el que no se puede hacer otra cosa que orar. Los que son llamados a ello actualizan hoy un aspecto muy preciso de la vida de Jesús: su oración apartada, de noche como de día, por la mañana antes del alba o entrada la noche. Lo mismo que otros se sienten llamados a actualizar su ministerio de anuncio del reino mediante la palabra y los signos de curación y de liberación realizados en los enfermos y los posesos. Ningún apóstol puede pretender reproducir él solo la vida total de Cristo. El que lo pretendiera no haría nada en absoluto. Al cristiano adulto se lo reconoce en que, deseando abarcar lo universal, encuentra la alegría y el descanso del corazón en limitarse a una tarea precisa, por ínfima que sea, como lo decía san Ignacio.